



©Urnsplash.com

# El liderazgo de la educación actual y su incidencia en la cultura

GALO GUERRERO-JIMÉNEZ

*¿Cuál es el papel transformador del liderazgo educativo en nuestra era de la hiperinformación, la tecnología digital y la incertidumbre? Galo Guerrero-Jiménez, filósofo, educador y docente emérito de la Universidad Técnica Particular de Loja, responde a esta inquietud. Sostiene que la educación debe integrar dimensiones humanísticas, éticas, ecológicas y críticas para formar personas comprometidas y conscientes. Defiende el pensamiento complejo, la lectura profunda y una cultura del discernimiento para construir sociedades armónicas y solidarias.*



**L**a educación, a lo largo de la historia humana, siempre ha sido y seguirá siendo uno de los vectores esenciales para un auténtico y armónico desarrollo personal, cultural, social y científico-humanístico en cada rincón del planeta donde los individuos se han asentado para vivir. Desde los diversos contingentes humanos que han hecho posible el desarrollo de nuestra civilización, este proceso se ha concentrado, en especial, en el ámbito educativo de cada nación, Estado o república. Cada uno ha aplicado las políticas que ha considerado más pertinentes para garantizar que la formación de las personas, en cada núcleo cultural, les permita enfrentar su realidad cotidiana en los distintos ámbitos: familiar, urbano, rural, institucional, y en los espacios de convivencia ocupacional y/o profesional. Todo ello ha contribuido al perfeccionamiento de la vida a través de actitudes y acciones concretas, en el marco de una democracia que, a lo largo de la historia, ha sido naciente, floreciente y, en ocasiones, débil y maltratada.

La preocupación por educarse, en concordancia con las realidades que cada cultura ha construido desde los ámbitos antropológico, biológico, físico-psíquico, ecológico-contextual y ético-moral, así como en atención a sus particulares circunstancias micropolíticas para asumir responsabilidades, deberes y derechos en clave democrático-dialéctico-política, responde a la necesidad de que cada conglomerado humano pueda adentrarse en los problemas del conocimiento. Este proceso implica la búsqueda de estrategias axiológicas y pedagógicas que permitan comprender, inferir y vivir plenamente una conducta sociohumanística, sustentada en una adecuada formación educativa, tanto en el campo del conocimiento humanístico como en el científico-tecnológico.

Así, el conocimiento científico y humanístico convive hoy en una dialéctica de aciertos y conflictos tecnológicos y digitales, expresados a través de las pantallas digitalizadas y desplegadas en cada centro educativo del planeta por docentes, académicos, investigadores, maestros, líderes y mediadores, en todos los niveles de la educación formal, superior, informal, familiar y sociocultural. Todo ello ocurre a través de una infinidad de mecanismos que permiten una adecuada organización del conocimiento y de la sociedad desde diversos ámbitos del comportamiento humano. Sobre todo, este proceso debe considerar las múltiples circunstancias políticas y las adversidades que enfrenta la población marginada, tanto en las sociedades desarrolladas como en aquellas en proceso de desarrollo. Estas poblaciones sufren diversas calamidades: pobreza material y espiritual extrema; violencia política y armamentista; hábitats degradados; falta de fuentes de empleo, de centros de salud y de instituciones educativas, las cuales deberían contar con los más elementales servicios básicos y de convivencia. Solo así será

“**El conocimiento científico y humanístico convive hoy en una dialéctica de aciertos y conflictos tecnológicos y digitales, expresados a través de las pantallas digitalizadas y desplegadas en cada centro educativo del planeta por docentes, académicos, investigadores, maestros, líderes y mediadores, en todos los niveles de la educación formal, superior, informal, familiar y sociocultural.**”

posible una auténtica formación de las personas que viven marginadas en lo social, productivo, político, económico, cultural y educativo.

Para ello, es decir, para que exista un auténtico vivir, deben considerarse los diversos ámbitos comportamentales en los que se ve inmerso todo ciudadano, quien debe ser formado tomando en cuenta los elementos axiológicos, hermenéuticos, ecológicos, pragmáticos, antropológicos, estéticos, cognitivos, lingüísticos, fenomenológicos, filosóficos, democráticos, lógico-simbólico-espirituales, comunicativos y de comunión ataráxica. Estos ámbitos exigen, en la convivencia cotidiana, actitudes de sosiego, serenidad, armonía y transparencia por parte de la persona actuante, y desde el culto dúplico, según el contexto social en el que se encuentre. Todo ello debe permitir un compromiso solidario, sustentado en la pasión y el amor al prójimo, especialmente en el servicio comunitario hacia aquellas personas que no han podido integrarse al sector productivo ni a la educación formal. Así, lograrán desarrollarse a partir de su formación personal, centrada en su razón y en su sentir más profundo, de manera que, desde la experiencia de sus actividades cotidianas, puedan trazar su propia ruta hacia un caminar existencial y vital, fundamentado en una ética y estética situacional. Este compromiso moral, basado en la conciencia crítica y el discernimiento libertario, debe permitir que el ciudadano, al pertenecer a una cultura determinada, acceda a su propio campo de formación y se adentre en la hiperculturalidad en la que hoy convive. Solo así será posible consolidar una nueva educación: dialógica, esperanzadora, armónica, productiva, democrática, científica, tecnológica y, especialmente, humanística.

Esta armonía educativo-humanística, desde los diversos ámbitos comportamentales aludidos, debe ser asumida por cada persona según su nivel de formación personal y desde el marco de su cultura, inscrita en la comunidad en la que hoy convive. Todo ello ocurre en medio del bombardeo informacional y de datos propio de la tecnología audiovisual, digital y de la

inteligencia artificial, en desmedro de la cultura del texto impreso. En esta era globalizada y virtualizada, se vuelve imperioso continuar educándonos también desde la tecnología de la imprenta, que debe seguir vigente como un desafío para fortalecer nuestra inteligencia natural. Esto implica desarrollarnos desde múltiples dimensiones: intelectual, emocional, espiritual, ecológico-espacial, intrasubjetiva, intersubjetiva, lingüística, matemático-física, químico-biológica, democrático-político-cívica y artístico-estilístico-narrativa. Solo así podremos actuar de manera dialéctica y dialógica, guiados por un discernimiento profundo que se nutra de la libertad, la meditación, la contemplación, la interrogación, el estudio constante como deseo de conocer, y del pensamiento complejo, que nos permita sintonizar con la realidad y actuar de forma pragmática.

Este actuar debe considerar tanto la divergencia, la identidad y la diferencia, como también los constructos de la hibridez y la alteridad cultural, de modo que sea posible una polifonía de voces para repensar el lenguaje que, en el ámbito educativo, tiene que fortalecernos en todos los estamentos del conocimiento humano. Se trata de crear nuevas formas de alteridad e identidad dialéctica, de comunicación y de comunión, que nutran un cúmulo de prácticas sociales profundamente humanísticas, capaces de vincularnos pedagógica, cultural, axiológica y fraternalmente con un estudio reflexivo, pensante, dialógico,

“**El actuar pragmático debe considerar tanto la divergencia, la identidad y la diferencia, como también los constructos de la hibridez y la alteridad cultural, de modo que sea posible una polifonía de voces para repensar el lenguaje que, en el ámbito educativo, tiene que fortalecernos en todos los estamentos del conocimiento humano.**”



productivo, creativo, actuante e identificador de principios filosóficos y éticos. Todo ello ha de permitirnos actuar desde una polifonía de voces que, metalingüística, metacognitiva y hermenéuticamente, se empoderen de la realidad antropológica, vitalizándonos en cada rincón de lo humano, para que el pensamiento experiencial aprenda a convivir desde un lenguaje cargado de exquisitez estética y de profundidad ético-moral. Ese lenguaje se arraiga, actúa y se identifica cultural y pragmáticamente con la esencia de la proximidad del prójimo, con la misericordia, con la tensión de la incertidumbre, con la complejidad informatizada y con el amor a la ecología y a la vida humana, que debe sintonizar con la virtud de la esperanza, como lo señalaba el papa Francisco en su encíclica *Laudato Si': Sobre el cuidado de la común*. Y, fundamentalmente, como propone Edgar Morin, en *El método I. La naturaleza de la naturaleza*, todo ello debe contribuir a conformar un actuar sólido del conocimiento y una transformación profunda de nuestro pensamiento, en medio de tanta incertidumbre, para reunir en sí el orden, el desorden y la organización, en el seno de lo uno y lo diverso.

De esta manera, se vuelve posible repensar el lenguaje desde el mejor estilo y tonalidad de una pluralidad crítica, filosófica y argumentada, que, en el plano de la ciencia, la investigación, la informática y el ejercicio humanístico, debe ser ejercida dialécticamente por educadores, pedagogos, políticos, líderes religiosos, académicos, científicos, pensadores, humanistas e investigadores. Todos ellos, desde perspectivas hermenéuticas y fenomenológicas, llevan a cabo sus estudios en medio de la complejidad que define nuestro tiempo, en campos como la educación, la hipercultura, la hiperinformación y el conocimiento, entendidos como espacios atravesados por los principios de incompletitud e incertidumbre. Hoy, esta complejidad se ve intensificada por el exceso informativo propio de la tecnología digital, la inteligencia artificial, el holismo ambiental, la bioética global y la nueva epistemología hermenéutica, todos ellos desafíos urgentes en la organización del conocimiento.



“

**Esta complejidad se ve intensificada por el exceso informativo propio de la tecnología digital, la inteligencia artificial, el holismo ambiental, la bioética global y la nueva epistemología hermenéutica, todos ellos desafíos urgentes en la organización del conocimiento. ”**

Desde esta óptica, urge ejercer un liderazgo educativo capaz de enfrentar las múltiples realidades. Una de ellas es el temor de vivir en contextos nocivos que la educación formal y académica aún no logra abordar mediante nuevos mecanismos reflexivos. Ese temor, acaso hacia lo desconocido, se manifiesta como una inquietud frente al horror de la violencia y la brutalidad humana, presentes en sectores sociales globales que no han sido formados para convivir política, educativa y culturalmente. Esto ha generado una cultura del caos y del sinsentido —como advirtió Carl Schmitt en *Teología política*—, pero también ha gestado el nacimiento de una nueva realidad cargada de sentido, impulsada por lo más profundamente humano. Esta nueva realidad lucha por establecer un orden universal fundado, quizás, en las coordenadas de una filosofía atarácica, del culto dúlico, de la alteridad y del silencio contemplativo. Todos estos elementos configuran una arquitectura cultural nueva, con su propio esplendor estético, pedagógico, solidario y sustentado en principios axiológicos renovados.

“  
El conocimiento  
de cada identidad  
investigada es  
tan complejo que  
exige enfoques  
multidimensionales  
y equipos de trabajo  
interdisciplinarios.”

Surge así un espacio de sonoridad hipercultural, con tonos y narrativas distintos, cada uno con su poética y su accionar filosófico y hermenéutico, que contribuyen a una celebración de la novedad estética y al cultivo de la intensidad vital de la contemplación, tal como señala Byung-Chul Han en *Vida contemplativa*. En esa contemplación, el sentimiento de la realidad nos guía hacia una nueva experiencia del ser y, por tanto, hacia una renovada forma de esplendor existencial.

En consonancia con esta formación emergente de la hiperculturalidad, y como he señalado en otras ocasiones en las que he podido compartir estas reflexiones pedagógicas, educativas y culturales, la investigación científica, en su avance teórico y práctico, revela cada vez más la complejidad del pensamiento, tanto a nivel conceptual como cognitivo. Esto impide llegar a conclusiones definitivas o plenamente comprobadas, no por falta de rigor, sino porque el principio de incompletitud y la creciente incertidumbre marcan una barrera teórica frente a la verdad total. El conocimiento de cada identidad investigada es tan complejo que exige enfoques multidimensionales y equipos de trabajo interdisciplinarios que comprendan, como sostiene Edgar Morin en *Introducción al pensamiento complejo*, que el pensamiento complejo se sostiene en una tensión permanente entre la aspiración a un saber no fragmentado y el reconocimiento de lo inacabado del conocimiento humano.

Este carácter de omnisciencia —según el cual se debería poseer un conocimiento profundo de todas las cosas reales y posibles para alcanzar una comprensión que, si bien no sea total, esté al menos orientada por una reflexión humanística profunda— tiene que permitirnos dimensionar las amenazas más graves y crueles que enfrenta hoy la humanidad. Tal como insiste Morin, estas amenazas están asociadas al progreso ciego e incontrolado del conocimiento: armas termonucleares, manipulaciones genéticas y médicas de todo tipo, desequilibrios ecológicos, entre otras. Es necesario reconocer que todo conocimiento —siguiendo también a Morin— opera mediante la selección de datos significativos y el descarte de aquellos considerados no relevantes. Separa, distingue y desarticula; pero, al mismo tiempo, une, asocia e identifica. Asimismo, jerarquiza lo principal respecto de lo secundario y centraliza la información en función de un núcleo de nociones y circunstancias maestras. Esto implica que, cuando no se tiene conciencia de estas operaciones del conocimiento, propias de la realidad en que vivimos —marcada por una incertidumbre mundial creciente—, se produce una nueva forma de ignorancia. Esta está entrelazada con el propio desarrollo de la ciencia y de la tecnología descontrolada, y da lugar a una ceguera intelectual que se manifiesta en el uso degradado de la razón y en el quiebre deshumanizador de la moral, así como en una educación emocional y espiri-



tual mal asumida, tanto en lo intra como en lo intersubjetivo.

Por ello, se hace urgente un acercamiento consciente al conocimiento, mediante un estudio riguroso, reflexivo y razonado de las disciplinas científicas y humanísticas, no como ámbitos separados, sino como una sola realidad orientada a la realización personal y comunitaria. Esto requiere esfuerzo, dedicación, disciplina y una emocionalidad y racionalidad equilibradas que posibiliten la emergencia de un pensamiento crítico y discerniente, cimentado en la lectura y el estudio de las grandes

concepciones teóricas, verdaderos modelos de vida legados por las mentes más lúcidas. Gracias al dinamismo de la naturaleza humana y a la herencia de esas personalidades que han marcado la historia del pensamiento —científico, humanístico, artístico, filosófico y tecnológico—, la lectura, la escritura y la escucha crítica de medios selectos nos permiten comprender, como afirma Joan-Carles Mèlich, en *La lectura como plegaria. Fragmentos filosóficos I*, que los seres humanos, al ser lectores, pueden conocer lo radicalmente ausente solo a través de lo medianamente presente; es decir, desde lo histórico y lo situacional. Solo así se alimenta el espíritu y se aprende a valorar la palabra leída, escrita, escuchada y analizada, construyendo hitos de grandeza cognitiva, estética, axiológica, lingüística y pragmática en la vida cotidiana.

En conclusión, si aspiramos a construir sociedades prósperas, estas deben ser profundamente pensantes y actuantes, guiadas por una racionalidad y emocionalidad, vividas con la más noble pasión del espíritu humano. Así, la educación podrá formar personas comprometidas con proyectos articulados en torno al cuidado del medio ambiente, la agricultura, la industrialización, el desarrollo armónico de ciudades y campos, y, sobre todo, una transformación radical del sistema educativo, capaz de

enfrentar la creciente complejidad de las culturas y sociedades del mundo, hoy sacudidas por circunstancias políticas y por un vertiginoso desarrollo tecnológico, incluida la digitalización inteligente.

Es cierto que hoy no podemos vivir al margen del desarrollo tecnológico, centrado en las pantallas digitalizadas, desde las cuales se pretende dirigir todo nuestro actuar humano, moldeándonos como cuerpos dóciles y apropiándose de nuestra psique. Esto nos deja atrapados en la paradoja de la información, donde, ante la ausencia de una narrativa crítica —o,

al menos, de un pensamiento orientado al discernimiento—, nos estamos convirtiendo en masas amorfas, carentes de criterio moral, reducidas al infoentretenimiento. Esta tendencia nos conduce al declive del juicio humano y al marginamiento de la cultura del libro; es decir, del pensamiento

elocuente, profundamente formativo y actuante, indispensable para el debate de ideas. Esta cultura está muy ligada a un lenguaje racional, coherente, vivificante y portador de grandes ideas, esenciales para el cultivo de una elocuencia auténticamente humana y vivible.

“  
**Si aspiramos a construir sociedades prósperas, estas deben ser profundamente pensantes y actuantes, guiadas por una racionalidad y emocionalidad, vividas con la más noble pasión del espíritu humano.**”



De ahí que, para no convertirnos en ganado consumidor de un conductismo digital y de una irracionalidad informativa —donde el conocimiento, la verdad, la cultura y la sabiduría se diluyen en el apabullante ruido de datos y más datos—, sea necesario aprender a interactuar críticamente con los medios digitales. Esto implica evitar el éxito superficial promovido por las redes sociales y actuar, en cambio, con la emocionalidad e intelectualidad que deben caracterizarnos, a fin de repensar nuestros roles personales y sociales. Tenemos que reflexionar, siempre con elocuencia y raciocinio, sobre nuestros propósitos de vida, para dotarlos del sentido existencial que, como seres humanos, merecemos, desde el ámbito educativo orientado a la formación de una conciencia crítica, reflexiva y de meditación ataráxica. Solo así podremos aprender a ser líderes de nuestra mente humana, fortaleciendo nuestra memoria y apreciando la belleza de nuestro cerebro desde una estética cognitiva y la esencia de nuestra consistencia lingüística. Esta última, refinada en el ámbito filosófico y simbólico-contextual, debe encaminarnos hacia un liderazgo sustentado en un lenguaje de comprensión, de inferencia y de posicionamiento axiológico-crítico, que nos proyecte a enfrentar las incertidumbres del presente. Tal es el caso de la deshumanización provocada por la tecnología digital, cuando esta es asumida sin ninguna consideración crítica que permita fortalecer la estructura ontológica de nuestro ser, arraigada en nuestra condición humana.

Así, si nos enmarcamos en el ámbito de la educación ontológica de nuestro ser, con el propósito de enfrentar racionalmente las cegueras del conocimiento frente a nuestra condición humana —a la vez terrenal y celestial—, y desde una ética situacional y ecológica del género humano, estaremos en condiciones de reconsiderar todo el componente de nuestro lenguaje vivencial. Este debe entenderse en clave polifónica, pluricultural y en sintonía con el mejor estilo hermenéutico, fenomenológico, crítico, reflexivo, emotivo, dialógico y debidamente argumentado que profesan nuestros pensadores, investigadores, pedagogos y creadores del lenguaje científico, literario y filosófico, con el fin de contribuir al desarrollo de un liderazgo personal orientado a la transformación social y cultural de la educación, y a la formación integral de nuestra condición humana.



“**Reflexionar, siempre con elocuencia y raciocinio, sobre nuestros propósitos de vida, para dotarlos del sentido existencial que, como seres humanos, merecemos, desde el ámbito educativo orientado a la formación de una conciencia crítica, reflexiva y de meditación ataráxica.**”